



| Alberto Vázquez-Figueroa

«En el interior de mucha gente, especialmente en los niños, quedará una profunda huella»



Alberto Vázquez-Figueroa en su despacho. | Foto Kolima

Para conocer a **Alberto Vázquez-Figueroa** (Santa Cruz de Tenerife, 1936) hay que adentrarse en su despacho. Enmarcados en la pared, relucen con satisfacción los pósters de sus películas, dejando entrever su pasión por el cine. Solía hospedarse en la habitación 314 del hotel Majestic para acudir —no se lo perdía por nada del mundo— al Festival de Cannes.

A los lados, estanterías repletas de libros, reportajes, historias, viajes y hazañas; memorias, océanos sin fin, camellos del desierto, selvas remotas e inexploradas, montañas vírgenes, ríos caudalosos, velas henchidas por el viento y mascarones de proa. Pasó los primeros dieciséis años de su vida en el desierto del Sahara, entre pizarras de arena, pupitres a la sombra de palmeras y con un sol infernal y justiciero. Su

educación pendía exclusivamente de los libros que su tío, administrador civil, guardaba en su biblioteca: **Stevenson, Julio Verne, Joseph Conrad, Herman Melville**, escritores que contaban historias inauditas de lugares exóticos, como la del pequeño Alberto. Si tiene que decantarse por un novelista español, no titubea: **Galdós** es su hombre. **Delibes**, el maestro del siglo XX, sin olvidar la novela de **Don Quijote**; «Cervantes es de otro mundo».

Conserva sus cámaras antiguas, las que presenciaron innumerables revoluciones y conflictos bélicos de los que el escritor canario salió ileso. Ppesan, como las armas y el sufrimiento de la guerra, heridas por la experiencia —una de ellas tenía destrozado el objetivo a causa de una bala perdida—. Cámaras que vieron y contaron las muchas tragedias,



desilusiones y milagros que acontecen en los malentendidos humanos. Correspondiente de guerra para La Vanguardia y RTVE, Vázquez-Figueroa rehuía de las moquetas y las sillas de las redacciones de periódico. Dos meses más tarde de salir de la Escuela de Periodismo en Madrid, compró un velero con un par de amigos para surcar las turquesas e insólitas aguas de la Polinesia.

Fotografías en blanco y negro decoran las paredes de su escritorio: aquí estoy con el equipo de buceo de **Jacques-Yves Cousteau**, aquí maté mi primer elefante en Camerún, y en esta otra estoy con el expresidente de República Dominicana, **Héctor García Godoy**, «el único político honrado que he conocido».

Hoy visto en su casa unos pantalones blancos ibicencos y una camisa verde de lino. El otoño madrileño se retrasa en la casa de un viajero que nunca ha reposado, necesitada —cuando la rutina apretaba— del calor y la humedad de algún país latinoamericano que tanto han influido en el carácter del viejo escritor.

La imaginación de Alberto Vázquez-Figueroa sigue aventurándose entre los barrancos y escollos de los dramas humanos, navegando bajo las tragedias y las nostalgias

de aquellos que sin saberlo respiraban tranquilos con sus allegados en el bar de cualquier esquina; escalando las frustraciones y las esperanzas perdidas de unos personajes que ya no volverán a una normalidad que nunca mencionaron como tal.

La nueva aventura de Vázquez-Figueroa, acompañado de la **Editorial Kolima**, se titula *La vacuna*, un mundo apocalíptico y distópico dominado por el coronavirus, en el que la vida ha dado paso al miedo, al homicidio violento de la vida social, del jolgorio de las calles, las plazas y los parques; un mundo en el que no hay solución, ni vacunas ni fármacos que hagan frente a este desconocido que ha embestido las casas sin llamar al timbre. El escritor tenerfeño reflexiona sobre el condicional y el futuro de la pandemia: ¿Cómo sería el mundo si esta situación se mantiene así durante décadas?

—Es una novela avanzada en el tiempo. Es evidente que narra una situación mucho más

extrema que la que estamos viviendo hoy, pero de la que se extraen ciertas similitudes de la vida real.

—Hay un par de personajes que conversan con nostalgia de las cosas que se podían hacer antes de la pandemia, como ligar en la discoteca o escuchar el rugido atronador de ochenta mil personas en un campo de fútbol.

—Ciento. Lo más interesante de mi novela son las conversaciones entre la sobrina y su tío, la familia que vive aislada en la granja. Hay ciertas sensaciones o experiencias que estamos empezando a echar de menos. Imagínate si esto se mantiene así durante años. Ahora los partidos de fútbol han perdido gracia. Han puesto unas gradas con público falso y un sonido ambiente que siempre es el mismo. Yo estoy empezando a echar de menos algunas cosas. Antes de la pandemia, venía mucha gente a mi casa. Comíamos, charlábamos durante largo rato y jugábamos al dominó. Todo eso se ha esfumado. ¿Tenemos que renunciar a ello?

—La nostalgia es una cierta tristeza que se origina por el recuerdo de una dicha perdida. Eso quiere decir que en su novela, el bar, la discoteca o el fútbol eran rutinas que hacían bien al ser humano.

—¿Nos ha traído algo bueno la pandemia?

—No estoy muy seguro. Quizás haya unido a algunas personas, que se han vuelto más afectuosas y menos egoístas, pero creo que no nos ha traído ningún bien. Ningún acontecimiento va a mejorar a las personas así porque sí. El ser humano es imperfecto y no podemos pretender aspirar a un mundo perfecto.

—La familia juega un papel fundamental en su novela. ¿Y en nuestra situación?

—La familia ha jugado un papel importantísimo. El coronavirus ha sido un revulsivo para mucha gente y no ha producido la misma reacción en todos. Hay familias que están más unidas que nunca y otras que se han deshecho por completo. En esta situación han emergido nuestros sentimientos más íntimos, los egoísmos y altruismos más extremos.

—En su novela, la pandemia marca un antes y un después, una grieta que fractura la vida ordinaria. ¿Cree que también nos ha pasado a nosotros?

“

**Lo más interesante de mi novela son las conversaciones entre la sobrina y su tío, la familia que vive aislada en la granja.**

”

—¿Nos ha traído algo bueno la pandemia?

—No estoy muy seguro. Quizás haya unido a algunas personas, que se han vuelto más afectuosas y menos egoístas, pero creo que no nos ha traído ningún bien. Ningún acontecimiento va a mejorar a las personas así porque sí. El ser humano es imperfecto y no podemos pretender aspirar a un mundo perfecto.

—La familia juega un papel fundamental en su novela. ¿Y en nuestra situación?

—La familia ha jugado un papel importantísimo. El coronavirus ha sido un revulsivo para mucha gente y no ha producido la misma reacción en todos. Hay familias que están más unidas que nunca y otras que se han deshecho por completo. En esta situación han emergido nuestros sentimientos más íntimos, los egoísmos y altruismos más extremos.

—En su novela, la pandemia marca un antes y un después, una grieta que fractura la vida ordinaria. ¿Cree que también nos ha pasado a nosotros?



—Sí, y pasarán varios años hasta que nos recuperemos de ello. En el interior de mucha gente, especialmente en los niños, quedará una profunda huella, el miedo inconsciente de que una situación como esta vuelva a ocurrir.

*La vacuna* describe situaciones reales que han ocurrido recientemente —la alusión a la gestión de la pandemia por parte de los políticos o las críticas a la figura de Bolsonaro—, mezcladas con la ficción y la fantasía peregrina del escritor canario. Quizás detrás de esta fábula se halle un realismo más genuino que describe la realidad fantasiosa que estamos viviendo y que todavía, después de ocho meses, no conseguimos creer. Fiel a su estilo, reportajeando novelas y novelando reportajes, con un gran peso crítico en su trato con las cuestiones políticas y más incómodas de su tiempo, sigue siendo complicado dilucidar las opiniones de sus personajes y las de su creador.

—Los personajes son un reflejo de lo que pienso, pero también de lo que no pienso. No siempre coinciden las opiniones. El escritor tiene que ser como un espectador omnipresente, como si viera un partido de tenis desde todos los lados posibles. Por eso cuando un personaje critica una situación que está ligada con la realidad, no



Despacho de Vázquez-Figueroa. | Foto Pablo Gasull



siempre concuerda con lo que yo pienso de verdad.

—En su novela apenas hay esperanza. Los aviones se hallan aparcados en las naves aeroportuarias y no parece que la situación vaya a cambiar mucho. Sin embargo, tanto la empresa **Pfizer** como **Moderna** han publicado sus primeros resultados y coinciden en que a finales de año podríamos tener la vacuna.

—Todavía hay muchos problemas que resolver, como la distribución de la vacuna. La mayoría de ellas deben conservarse refrigeradas y algunas deben almacenarse a temperaturas de -70 °C. Hay refrigeradores capaces de alcanzarlas en muchos laboratorios, pero no son tan habituales en los hospitales. También estamos observando cómo muchos pacientes curados vuelven a recaer; no hay inmunidad completa. Y respecto a las dosis, todavía hay que deliberar quiénes son los primeros a los que vamos a vacunar. Creo que esta situación se alargará más de lo que pensamos.

—En *La vacuna* hay una conexión entre el ébola y el coronavirus. ¿Nos quiere decir algo?

—Sí. Aunque todavía se desconoce cómo saltó el coronavirus a los humanos, la mayoría de los investigadores tienen la hipótesis de que el virus se originó en los murciélagos. Pasó lo mismo con el ébola. Estos animales son transmisores de muchas enfermedades y creo que es muy importante seguirlos de cerca.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) concluyó que los huéspedes naturales del ébola, cuya epidemia causó más de 11.000 muertes en África occidental, eran los murciélagos frugívoros. Por otro lado, algunos científicos han sostenido la hipótesis de que la epidemia de SARS en 2002 también procede de estos animales nocturnos. Existen más de 1.200 especies distintas de murciélagos, que representan el 20% de todas las especies de mamíferos, están presentes en todos los continentes salvo en la Antártida y se ha demostrado que pueden albergar más de 40.000 virus distintos, entre los que se encuentran los coronavirus. En conclusión, tienen todas las papeletas —de sobra— para estar en el punto de mira de los investigadores.

En 1969 Vázquez-Figueroa, que trabajaba en aquella época para la revista *Destino*, fue mordido por un murciélagos vampiro (*Desmodus rotundus*) cuando revivía los pasos del primer explorador del Amazonas, el español **Francisco de Orellana**. Este murciélagos también se

conoce como vampiro de Azara, en honor a su descubridor **Félix de Azara**, naturalista, antropólogo y precursor de la teoría de la evolución de **Darwin**. Cuando muerden a sus víctimas, se limitan a lamer la herida extrayendo la sangre para alimentarse. La herida nunca llega a cerrarse del todo, ya que la saliva de estos mamíferos posee un anticoagulante llamado Draculina. La empresa farmacéutica danesa **Lundbeck** desarrolló un fármaco en proceso de investigación a partir de esta sustancia llamado Desmoteplase, que ayuda a disolver coágulos cerebrales.

El escritor tinerfeño considera que la aparición de esta pandemia se debe principalmente a la destrucción de la naturaleza, la deforestación y la presencia de los seres humanos en ecosistemas que nunca antes había estado. Su hipótesis concuerda con la explicación de **Nerea Irigoyen**, Jefa de la División de Virología del Departamento de Pатología de la Universidad de Cambridge, sobre la transmisión de los virus desde animales a seres humanos: «Uno de los grandes problemas que acentúan este tipo de zoonosis es que el ser humano se está metiendo en ecosistemas en los que no debería estar. Cuando se produce la deforestación en el Amazonas o en selvas ecuatoriales en África nos estamos metiendo en ecosistemas donde nos exponemos a animales con los que antes no nos habíamos metido».

—Volvamos a su novela, a su faceta como escritor. En una entrevista afirmó que cuando alguien lee una de sus novelas, el primer que se divierte es usted. ¿Para escribir hay que divertirse?

—Ahh, claro, isi no para qué! Cuando escribí la serie de **Cienfuegos**, me encontraba en mi casa en Lanzarote. Solía escribir en el piso de arriba. Un día subió mi mujer y vio que me estaba partiendo de risa. ¿De qué te ríes?, me dijo. Y yo le respondí: de las bobadas que dice este

“Me gustaría que dentro de muchos años me siguieran leyendo, que mis novelas sigan teniendo interés en el futuro”.



Cienfuegos. Ahh, bueno, pero las tonterías las harás tú. No, no, se le ocurren a él. Era Cienfuegos, como personaje vivo, quien tenía esas ocurrencias. Si tus personajes no vibran, tu novela está muerta.

—Si su personaje sufre, ¿sufre con él?

—Cuando escribí *África llora*, lloré. Uno debe



Vázquez-Figueroa de joven pescando. | Foto cedida por el escritor.

sentir lo que siente el personaje. Y los personajes nos tienen que sorprender. Muchas veces creas a uno queriendo que sea el protagonista. Quieres que sea un tipo cojonudo y resulta que es una mierda porque no tiene vida. Y de repente, aparece un señor que no tiene nada que decir salvo una frase y se convierte en el personaje importante de la novela. Se adueña de ella y la

hace vivir.

—En otra entrevista dijo una frase que me gustó mucho: «Yo no quiero estar de moda porque eso significa pasar luego de moda. Lo que menos le interesa a un escritor es eso, estar de paso». ¿Cómo quiere que recuerden a Vázquez-Figueroa?

—Me gustaría que dentro de muchos años me siguieran leyendo, que mis novelas sigan teniendo interés en el futuro. *Arena y Viento*, una novela que publiqué en 1953, se sigue vendiendo. Me satisface mucho que libros que se publicaron hace ya 70 años se sigan reeditando y comprando.

—La aventura y los viajes fluyen por sus venas. Los viajeros de los años 50 y 60 se han extinguido. El turismo se ha masificado, se ha estandarizado. Ya no tiene la emoción ni el encanto que tenía antes. ¿Lo echa de menos?

—Los viajes de ahora están programados hasta para lo que tienes que comer. Recuerdo el título de una película que me hacía mucha gracia, *Si hoy es martes, esto es Bélgica*, haciendo alusión a los viajes instantáneos y acelerados, esos en los que ni te enteras de dónde estás. Cuando fui por primera vez al Machu-Pichu éramos cuatro gatos y a las islas Galápagos tuve que ir en mi propio barco; allí no había nadie. En el Amazonas podía estar un mes y medio sin ver a una persona, ni siquiera a un indio. Esas experiencias lo han sido todo para mí. Estar ahí y saber que estaba porque había querido ir, saber que algún día podía contar lo que estaba viviendo. Eso es un símbolo de la libertad. No te puedes hacer a la idea de lo delicioso que es estar en una piragua leyendo *Yo, Claudio*, de Robert Graves. Un día empecé a llover y cogí la piragua río abajo. A las dos horas me di cuenta de que me había olvidado del libro. Subí a contracorriente y lo encontré mojado y deshojado. Acabé leyéndomelo página a página; acababa una y la tiraba al río. Los peces del Amazonas también se leyeron —y comieron— *Yo, Claudio*.

—¿Para escribir bien hace falta experiencia? Viajar, conocer otras culturas...

—No necesariamente. Hay gente que escribe bien desde que nace. Y hay gente con mucha experiencia que no escribe más que tonterías. Escribir te sale o no te sale.

—Me han dicho que le gusta mucho el dominó. ¿Jugamos una partida?

—Yo juego todas las tardes a las cuatro.

—Qué pena. Si hubiera venido a las cuatro, hubiéramos jugado una.

—Posiblemente.



ALBERTO  
VÁZQUEZ-FIGUEROA



LA  
VACUNA



Portada de la novela La Vacuna. | Editorial Kolima

